

ANGEL MARIA GARIBAY KINTANA

Nació en la Ciudad de Toluca, Edo. de México, el 18 de junio de 1892. Murió en México el 19 de octubre de 1967.

El más destacado cultor de las lenguas indígenas de México, preferentemente del náhuatl y del otomí, así como de varias lenguas clásicas y modernas. Débesele en parte el apogeo de que goza la cultura náhuatl, la cual ha penetrado con hondura y sapiencia. Algunos de sus trabajos son los siguientes: *Llave del Náhuatl* (Colección de trozos clásicos con Gramática y vocabulario para utilidad de los principiantes (1940); *Poesía Indígena de la altiplanicie* (1940 y 1952); *El Códice de Metepec* (1949); *Epica náhuatl* (1945); *Historia de la Literatura Náhuatl* 2 v. (1953-1954); *Panorama de la Iglesia en México* (1955); *Veinte himnos sacros de los náhuas* (1958); *Xochimapictli. Colección de poemas náhuas* (1959); *Vida económica de Tenochtitlan. Pochtecatoytl. Arte de traficar* (1961); *Visión de los vencidos* (1959 y 1961); *Poesía Náhuatl I. Romances de los Señores de la Nueva España. Manuscrito de Juan Bautista Pomar 1582* (1964) II. *Cantares mexicanos. Manuscrito de la Biblioteca Nacional de México. Primera parte* (1965); *Los historiadores del México antiguo en el Virreinato de la Nueva España* (1963); *La literatura de los aztecas* (1964); *Flor y canto del arte prehispánico de México* (1964); *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI* (1965); y numerosas versiones y estudios de las obras de Esquilo, Sófocles, Eurípides y de textos literarios del Cercano Oriente.

Su amplísima bibliografía ha sido recogida por José Luis Rubluo Islas en el volumen XXIII-XXV, 2a. parte 1959-1962 del *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*.

Fuente: Angel Ma. Garibay. *Panorama literario de los pueblos nahuas*. México, Editorial Porrúa, S. A., 1963. 163- 6 p. (Colección Sepan cuantos...). P. 117-137

LA PRODUCCION HISTORICA ENTRE LOS ANTIGUOS MEXICANOS

Su importancia

No hay pueblo que pueda compararse al antiguo complejo de América Media en el culto y adoración del tiempo. El mismo dios del fuego fue dios del año, que en términos modernos dijéramos del siglo. El tiempo es como la coordenada necesaria para la marcha de la cultura en los pueblos que hablaron náhuatl y aun en otros que, si no estuvieron sometidos a su

dominio, si fueron dominados por el influjo de conceptos y normas que venían de muy atrás, pero se plasmaron en la forma cultural que la conquista española destruyó.

Era natural que la fijación de los hechos acaecidos en el tiempo constituyera una preocupación de aquellos pueblos. De este instinto y empeño nace una obra paralela: por una parte, en modo primitivo, aunque ya muy complicado, de la representación figurativa nacieron miles de documentos que dejaban a la posteridad la memoria de lo que había sucedido en el mundo. No en piedra, como fue en Yucatán, sino en papel de fécula de árbol, tan endeble como el papiro, pero con suerte más infausta, por el clima en que nace, elaboraron los antiguos toda una cadena de monumentos históricos. Los destruyeron el tiempo o los hombres. Aquél, ignorante de que se le daba culto en estos papeles; éste, ignorante de lo que valía para el hombre del futuro la recopilación de hechos del hombre del pasado.

Exagera ciertamente Ixtlilxóchitl, llevado de su prurito de enaltecer a sus abuelos, cuando nos describe todo un conjunto de sabios dedicados a la escritura de la historia y una compleja colaboración de sus elementos. Pero, en medio de sus hipérbolos dice la verdad. Reducida a sus justos límites nos da en claro los siguientes hechos:

Había personas dedicadas en Tezcoco —ha de decirse lo mismo de Tenochtitlan y de Tlaxcala, o alguna otra región en que la economía daba para sostener a esta clase de gente, sustraída a la producción económica directa— a redactar los Anales, o sea, la consignación de hechos englobados cada año. Las efemérides modernas son eco apenas de tendencia como esta.

Había, en seguida, los genealogistas, que anotaban las personas, sus nacimientos y defunciones. Claro es que, como en todo el mundo es común, se trataba de las personas de importancia, reyes, generales, magnates que hubieran intervenido en el reino en forma directa y eficaz. Buena muestra de este género de historia tenemos en la *Crónica Mexicáyotl*, redactada por un descendiente de la casa real de Tenochtitlan y que tan valiosas noticias nos da de todas las personas reales relacionadas con el trono.

Había, dice Ixtlilxóchitl, a quien vamos siguiendo en este resumen, personas que tenían el cuidado “de las pinturas de los términos, límites y mojoneras de las ciudades, provincias, pueblos y lugares, y de las suertes y repartimientos de las tierras: cuyas eran y a quien pertenecían”.

Con esta clase de recordatorios gráficos relaciona el cronista de Tezcoco los libros de los ritos y leyes culturales, el elenco de los sacerdotes, la nómina de los templos, la relación de las fiestas, etc.

Agrega aún a los "filósofos y sabios", que redactaban en sus imperfectos sistemas la adquisición de sus disciplinas.

Aun rebajando mucho, tenemos un cuadro maravilloso de lo que fue la fiebre de redacción escrita en la vieja cultura nahuatlaca. Lo que de Tezcoco se dice, en su medida y tenor, ha de decirse de Tenochtitlan y de Tlacopan.

No era por cierto aquella una sociedad ni descuidada, ni cerrada a la marcha de la cultura, en el modo y grado que ésta ha de concebirse. La importancia de los Anales y Libros de relación personal que se atesoraron en aquella etapa queda defraudada, cuando sabemos que los frailes sin criterio y el mismo humanista Zumárraga hicieron que el fuego consumiera el cúmulo valioso de aquella riqueza. No hay por qué ser, sin embargo, muy lamentativos: los tlaxcaltecas habían quemado en 1520 las bibliotecas de Tezcoco.

No fue tan escaso lo que escapó a incendios intencionales y destrucciones que impone toda conquista: hay abundancia de documentos históricos que se redactaron a vista de tales pinturas antiguas. Y la etapa prehispánica puede conocerse gracias a esta manera de trabajos.

Es evidente que la imperfección de la manera de representación gráfica hace que los documentos sean mudos para quien no conoce la clave. Como varias veces se ha dicho ya, la escritura de los antiguos mexicanos era más bien un conjunto de signos de fijación mnemotécnica que exigía la declaración verbal. Se hacía ésta en los colegios de cultura que eran los que conocemos con el nombre un tanto vago de Calmécac. Fuera de declarar el significado de las figuras, había la recitación amplia de largas composiciones, en metro algunas, que declaraban y suplían con datos que la escritura no podía fijar.

Es fácil percibir que la pura representación gráfica de los documentos históricos nada tiene que ver directamente con la literatura. Esta cobra sus fueros en las relaciones de comentario, o de suplementación que acompañaban en el Calmécac la exégesis de los documentos escritos. Allí sí tenemos un abundante material de carácter literario. Es el único que aquí tomaremos en cuenta, dada la índole de este estudio.

He dado en mi Historia, noticias y ejemplos de varios documentos mixtos de declaración de Anales y de inserción de

Sagas. Voy a agregar ahora una breve exposición de un documento famoso, que da buena muestra de lo que pudo ser la conservación de la historia entre los antiguos mexicanos. Me refiero al que llaman *Códice Aubin*, por uno de sus poseedores.

En este documento se unen anales y Sagas. Son estos relatos, más o menos largos, que ilustran la referencia dada en el dibujo recordatorio. Es en ellas donde hallamos la forma de redactar historia por los antiguos que hablaron náhuatl.

Se inicia con una pintura del calendario, y da la clave de su inteligencia. Sigue con la representación del legendario Aztlán, de donde se dice haber procedido los aztecas. Ya en marcha, después de un parlamento en Colhuacan, viene la enumeración de los lugares en que se van estableciendo por algún tiempo los mexicas. Es en esta parte donde se insertan hechos en relación, ya no sometidos a la pura figuración de año, persona y lugar. Voy a insertar uno solo como ejemplo suficiente.

En el año 1-Pedernal, que es en correlación común el de 1168 de la era que corre, salen de Colhuacan, en las cercanías de la remota Aztlán. Llegan al pie de un enorme árbol, alto y corpulento y es donde ya la figura nada dice, pero lo suple la relación verbal:

“Cuando iban a comer luego el árbol sobre ellos se quebró: dejaron lo que comían y se pusieron lejos, llenos de terror. Entonces el dios los llama y les dice:

—Decid a los ocho grupos tribales que van con vosotros: Ya no iremos adelante; de aquí nos regresaremos . . .

Los ocho grupos dijeron muy llenos de tristeza:

—Señores . . . ¿a dónde iremos, pues a vosotros acompaña la multitud?

Y los otros respondieron:

—No, si no tenéis que iros . . .

Entonces se pusieron en marcha los ocho grupos, mientras los aztecas permanecían allá lejos en expectativa.”

Es la forma familiar a un tiempo y no sin aliento épico con que se van insertando estas agregaciones verbales, que debieron ser sumamente abundantes. Muy más tarde, ya en pleno siglo XVI, los estudiantes de Tlatelolco que habían logrado asimilar muchos modos de la cultura de Occidente, no por eso dejaron de recoger para sus magnos repertorios largos relatos, poemas a veces, en que guardaron la primitiva y bella expresión de sus antepasados. De esta producción voy a dar ligera noticia, con algunas anotaciones y muestras.

Ciclos histórico-literarios

Es innecesario advertir que todos los documentos que vamos a examinar corresponden a la etapa posterior a la conquista española, si tenemos en cuenta su elaboración. El más antiguo que se conoce, fechado en su parte principal en 1528, inicia una serie que ni siquiera ha sido dada a conocer en su totalidad. Pero si la redacción es de la época hispánica, los materiales propiamente literarios provienen de la etapa anterior a la conquista y aquí volvemos a ver realizada la forma general de conservación de esta producción literaria: de la memoria de los hombres pasa a la muerta vida de los papeles escritos, cuando el alfabeto ha logrado convertirse en un medio más eficaz y duradero del pensamiento. Tenemos en los documentos, con todas las glosas y adiciones que se pretenda de los redactores mismos, un auténtico testimonio de obras de otra época, genuinamente originales en el sentido de que los que nos los proponen no hacen más que recoger y poner por escrito.

Hecha esta advertencia, podemos señalar tres grupos bien definidos de documentos literarios que nos dan el reflejo de la mentalidad náhuatl en su elaboración de la historia:

i) Un ciclo de manuscritos que narran las emigraciones y conquistas iniciales de los pueblos de habla náhuatl, en su llegada e instalación en el territorio que ocupaba al advenir la conquista hispana.

ii) Un ciclo que recoge hechos y hazañas de los pueblos ya establecidos y en curso de cimentación nacional.

iii) Un ciclo en que se conserva la producción que refleja los conflictos de la conquista española con los pueblos nativos. Pertenece de lleno a esta literatura, no solamente por hallarse redactado en la lengua de los antiguos mexicanos, sino también porque los hechos pertenecen a la historia de ellos y porque el modo y tenor de la concepción y expresión es netamente indígena.

Solamente por vía de inventario y de material de cotejo podrán mencionarse los escritos en lengua castellana redactados por indios o mestizos y fundados en documentos indios que, o perecieron o no son conocidos hasta hoy.

Hay obras que pueden abarcar diversos aspectos y se resisten a una clasificación tan precisa. Son los conatos de una "historia general" de la antigüedad nahuatlaca, que, no sin influjo europeo, intentan dar una visión de conjunto de todos

los tiempos y de todos los pueblos. Los mejores ejemplos de este género son, en lengua española, las obras de Ixtlilxóchitl, tanto la primaria y propiamente suya, que es la *Historia Chichimeca*, como las preparaciones que la precedieron y que son en su general extensión, versión y arreglo de documentos indios. Habrá que mencionar al menos, con leve atención a su contenido, esta obra. En lengua indiana hay una obra similar, en la cual se pretende hallar la mano de este tezcocano, que ciertamente en un tiempo poseyó el manuscrito, pero que es de mayor antigüedad y valor. Totalmente redactada en lengua náhuatl es, no solamente un venero inagotable de datos históricos, sino una verdadera antología de textos literarios. Esta obra es el manuscrito llamado, sin mucha propiedad *Anales de Cuauhtitlán*, parte de un valioso repertorio, apodado igualmente sin razón bastante *Códice Chimalpopoca*. A este escrito daremos también importancia en este examen somero de la literatura histórica.

Secciones de la recopilación documental de Sahagún pueden ser incluidas en este examen. Lo haremos someramente, aunque algunas se liberen de la historia seca de los hechos nacionales, para entrar en la historia de las instituciones mismas. Nos bastará dar un solo ejemplo de esta manera de producción que podremos llamar, al son del día presente, más bien etnográfica, pero que tiene valor literario propiamente tal, no solamente por sus calidades de expresión, sino por la gran parte que la imaginación se toma en ella.

Ciclo de migraciones

Escogeré la famosa Historia Tolteca-Chichimeca, como la llamó el que la salvó de la ruina final.

Redactado en su forma presente hacia 1540, conserva textos de antigüedad que podemos llamar remota.

Como es ordinario en este género de documentos históricos del México náhuatl prehispánico, consta de Anales y glosas breves, por una parte; de relatos y poemas heroicos, insertos en el documento, junto a la fecha y a la mención escueta del hecho en ella verificado, por otra. De los Anales no hay por qué hacer atención: nos limitamos a un examen de los relatos, en que se muestra la forma de hacer historia literaria entre los antiguos mexicanos.

Al principio hallamos ya un lindo ejemplo de lo que eran estas relaciones orales en labios de los maestros y discípulos

del Calmécac. Después de poner al año-2-Casa, que corresponde al 1117 a.D según los peritos, la mención de que de esta fecha comienzan los conflictos entre los habitantes de Tula y los advenedizos probablemente chichimecas. Un niño abandonado en solitaria tierra, que los moradores de Tula toman y prohijan, pero que se hará la raíz de su ruina. Torquemada, que ha resumido el relato, en forma deficiente, o inspirado en fuentes que no perdurarán, da un sabor de leyenda que queda lejos del original. De este voy a dar un resumen solamente y algún pequeño fragmento, dada la índole de este estudio. Ya desde el principio el autor del relato da su propia visión impresionante:

“No hicieron más que ver al niño los toltecas y al momento lo recogieron. Los toltecas lo criaron, lo educaron... ¡Fue en verdad una dádiva de Tezcatlipoca! El sólo fue una artimaña para que se dispersaran, para que se enemistaran los toltecas que llegaban salvajes, con los que ya estaban residentes!...”

Prosigue narrando cómo “cuando ya es un doncel el niño” les manda hacer habitaciones y dar servicio en ellas. Se plegaron a sus deseos. Lo que sigue, aun con sus rasgos de ligereza, merece ser conocido, aun para dar muestra del modo de pensar antiguo, que los historiadores guardan.

“Luego les pide mujeres. Les dice a los habitantes de asiento: —Me tenéis que dar mujeres. Yo os mando que ellas sean de caderas tan anchas que midan cuatro jemes.” Ellos dijeron: —¡Sea así: las buscaremos!... ¿En dónde hemos de hallar mujeres que tengan cuatro jemes de caderas?

Vinieron a entregarle cuatro mujeres: pero no las aceptó: no eran de las dimensiones tan grandes como él había fijado en medida.

Dijo a los habitantes de Tula: No es lo que yo quiero esto: no llegan a cuatro jemes. Más grandes las quiero de caderas... Con lo cual se fueron muy enojados los de Nonohualco.

Entonces se las llevaron. Las envolvieron en mantas y se fueron enojados. Iban diciendo: —¿Quién es él? De nosotros se burla..., ¿será por sugestión de los toltecas? Bueno... haremos la guerra... ¿dónde habríamos de lograr lo que él nos pide?

Al momento se disponen a la guerra, toman saetas y escudos.”

Prosiguen el relato en que se muestra la guerra de los dos grupos. La narración anterior no puede negarse que tiene un carácter humano. La realidad fría no hubiera bajado tanto a

la vida cotidiana. La humana sentencia de la naturaleza humana brota espontánea. Más abajo se refiere a la muerte del niño expósito que pudo llegar a rey. La forma tiene ardor de epopeya. Aun como historia, debe ser citado:

“Cuando Namac hubo oído la relación de los toltecas y de los nonohualcas, se echó a huir. Le fueron siguiendo, le fueron dando gritos, le aullaban como coyotes. Los que en la huida lo acosan, lo hacen entrar a una cueva, la casa del Maíz, y luego ellos mismos entran. Lo toman de los cabellos de la coronilla, lo sacan violentamente afuera. Allí al momento lo flechan, al borde de la cueva le dieron muerte...”

La salida de los toltecas es narrada con majestad.

“De noche fue la salida, todos llevan consigo: las cosas de Quetzalcóatl y sus tesoros...”

La huida se consuma. Tula queda desierta. La forma literaria que narra una forma de disolución del imperio en lacónicas y humanas frases no puede ser despreciable. Exige que se la mida con los cartabones de Grecia y Roma, con lo cual queda dicho que llega a las alturas del verdadero humanismo. La anécdota un tanto procaz de la elección de las mujeres, de acuerdo con los gustos del advenedizo, es un indicio de la plena concepción humana de la historia. Ya no solamente hechos guerreros, o derrumbamiento de imperios, sino mínimos pormenores de la vida. Y el sabor ligero de la narración en textos que la memoria confiaba a los jóvenes en el Calmécac nos da la tónica de aquella cultura. Agregaré que como este cuento o relato de aquellos remotos tiempos podemos reunir una verdadera antología del pensamiento, que vale por mil disertaciones acerca del carácter de los antiguos toltecas y de sus formas de cultura.

El desconocido redactor de este documento reúne una serie de códices, a veces con sus figuras, que va comentando y que llenan muchas páginas. Si para la historia tienen valor inapreciable, nada o poco, muy poco, dicen a la literatura. Listas de jefes, nombres de lugares, aquí y allá una noticia es todo lo que vemos. Pero llegamos a la página 9 del Ms. en que se inicia una nueva sección. Narra la separación de las tribus y encarcela en su prosa un viejo poema, que debió correr en los labios por siglos. Más que épico, dramático resulta el fragmento que no puedo insertar aquí. Como resultado de los disturbios que provoca el revoltoso Huémac los grupos raciales se dividen. Hay una dolorosa mención de sus sentimientos. No recogeré aquí, falto de espacio para tan abundantes materiales,

sino esta plegaria que el sacerdote Cohuenan dirige al numen supremo:

“Oh tú, dueño del cerca, dueño del junto, autor de la vida: yo te suplico. ¿Acaso ya aquí nos haces la gracia? ¿Nos das tu ciudad?, ¿cuál es tu beneplácito? ¡Ten compasión de nosotros tus siervos: en ti ponemos nuestra confianza!”

El dios le responde, y ese dios es, en el documento, Quetzalcóatl:

“Oh sacerdote, no te entristezcas: aquí será ya nuestra habitación, nuestro hogar. Lanzaremos fuera a sus habitantes. Yo sé que nunca olvidarás mis palabras. Has sido digno de tu don. Ve y dilo a los caudillos.”

Otra vez se reanuda la serie de códices que el redactor analiza y comenta. Peregrinaciones, lugares, pueblos y tribus... todo pasa en revista de hierática sobriedad. Tenemos que llegar a la página 20 del Ms. para hallar un texto histórico, ya no tan teñido de epopeya, pero sí con sus alientos. No voy a intercalarlo aquí, me reduzco a una sumaria síntesis. Los recién llegados chichimecas, teñidos de toltequismo, hallan en Cholula pueblos de la misteriosa raza Olmeca. Tienen con ellos conflictos y la narración de éstos se lleva páginas en el documento. De la 20 a la 23 se tejen los hechos, en que nos encontramos con manifestaciones del dios, ardidés de los hombres y lo que en todo caso es final de estos documentos: el triunfo de los que los elaboran. La historia tiene siempre la tara de que los historiadores la revisten al color de sus sentimientos.

De sabrosa lectura es el fragmento en que vemos a los caudillos hablando a Tezcatlipoca, como ahora le nombran, y a éste respondiendo. En el relato se intercalan cantos. Algunos fueron mencionados en otro capítulo de esta obra. La narración se acaba con un bello cuadro. La victoria es de los peregrinantes.

Dejaremos en este punto el examen de este documento. Como él hay una docena que siguen la misma técnica y que nos dan la noción de cómo fue la historia en la antigüedad náhuatl. No contentos los maestros del Calmécac de dar los datos de la escueta realidad, se entretienen en transmitir narraciones que pueden ser en algunos casos verdaderos poemas, y de ellas sacamos las formas de literatura que empleó en la antigua sociedad de habla náhuatl la narración de los hechos y el recuerdo de los personajes.

Ciclo de hechos en la sociedad ya establecida

Para este segundo grupo de obras históricas en náhuatl tenemos mucho que elegir. No es posible hacer más que señalar alguna de las varias manifestaciones de la narración histórica enclavada en los fríos manuscritos. Desde luego, siguen la misma técnica de los anteriores. Reúnen y entrelazan Anales y Relaciones. A veces hallamos vestigios claros de la prosificación de poemas. Voy a dar como muestra el examen y algunas citas del Ms. de Cuauhtitlán, que es la parte primera del llamado *Códice Chimalpopoca*. No se puede apreciar sin una breve nota acerca de su elaboración.

Entre 1560 y 1570 hubo en Tlatelolco, bajo la dirección de Sahagún, una actividad de restauración de documentos digna de serio estudio. El franciscano, como si presintiera una muerte, que tardó sin embargo, se puso a restaurar y disponer para una posible publicación los materiales que había recogido en sus largos cuarenta años de dedicación a estas empresas. Era al mismo tiempo su etapa de mayor trabajo, precisamente cuando ponía en castellano su *Historia*, fundada en documentos de tal índole. Sus discípulos de mayor aliento no solamente lo auxiliaban como obreros insustituibles en esta tentativa. Ellos, por su cuenta, elaboran, acaso con su consejo y dirección, trabajos similares que son independientes ciertamente de los del fraile. En Cuauhtitlán reúnen todos los documentos indios de carácter histórico que pueden conseguir; recogen, si acaso no hallaban ya recogidos en sus apuntes, relatos de los indios; se aconsejan y cercioran con los ancianos, vivientes testigos de la cultura muerta, y al fin nos dan una de las obras más preciosas de toda la antigüedad prehispánica. De ese repertorio voy a tomar una parte para el examen de la forma en que se conservaron los hechos, ya no en la sucinta sequedad de los Anales, sino en la viviente literatura de las narraciones.

En la página 34 del manuscrito se inicia la historia "de Azcapotzalco, de Tezozomocli, de cómo reinó y de cómo en su tiempo hubo contiendas de reyes y se suscitó la guerra, con que hubo fin la fuerza tepaneca, destruidos por ella". De esta parte, sacada ciertamente de relatos que corren y acaso se han encarcelado ya en letras, toman los historiadores la biografía de Nezahualcóyotl, bella en sus realidades, más bella en su relato. Dudoso queda el lector atento acerca de la naturaleza de la narración. Con visos de historia, tiene mucho de leyenda.

Con lo cual viene a ser muestra de lo que podríamos llamar producción novelesca de la antigua literatura náhuatl. He aquí los diversos cuadros o episodios de esta historia del rey de Tezcoco:

i. La historia del casamiento de una hija de Techotlala con un príncipe de Azcapotzalco, de la cual nace Cihuacuecuenotzin y la decisión de la muerte de su caudillo Ixtlilxóchitl. En forma muy viva y casi dramática hace el autor hablar al rey Tezozómoc. Citaré un fragmento:

“Cuando lo supo Tezozómoc se enojó en gran manera y mandó llamar a sus capitanes. Les dijo:

—Oid, hijos míos, los que aquí estáis congregados. Yo estoy enojado, tengo el corazón herido... ¡ojalá que con ella hubiera yacido uno de nuestra casa y de nuestro linaje!! Pero... ¿por qué ha hecho esto? ¿Es que no hay entre nosotros caña de escudo, caña de dardo? ¡Por cierto que ha hecho un error máximo!

Manda matar al jefe de la casa de Tezcoco y rey de aquella monarquía.

ii. La historia prosigue narrando los acontecimientos de la vida agitada del huérfano Nezahualcóyotl.

iii. El rey de Tenochtitlan, Itzcoatl, da providencias para que los hijos de Ixtlilxóchitl escapen con vida. En la página 36 del Ms. tenemos una hermosa descripción de la forma en que los nietos de Huitzilihuitl buscan a su deudo niño y lo amparan en las sombras nocturnas.

iv. Un episodio ciertamente mítico se intercala, como adorno, o como elemento histórico, en la estimación de los nativos. Es la caída al agua y la liberación del niño Nezahualcóyotl, es llevado a consagrar por los dioses en la cima del Poyauhtecatl.

v. Una serie larga y compleja acerca de las aventuras del príncipe tezcocano se inicia en la página 37. Mucho tiene para el conocimiento de la mentalidad de aquella cultura. Pero en el orden literario puro, no hay nada despreciable. He aquí, por ejemplo, un diálogo entre el tirano Tezozómoc y el criado Coyohua, un verdadero carácter del ayo fiel; diálogo en el que podemos señalar los rasgos de ironía, de mañosa destreza de los pueblos antiguos:

—Coyohua, ¿es posible que viva aún Nezahualcóyotl?

He aquí para qué te he mandado llamar: ¿Quién es el único verdadero? Un mal sueño he soñado: Una águila sobre mí se erguía; un tigre sobre mí estaba parado; un oso sobre mí enhiesto; una serpiente regia encima de mí tendida... Mu-

cho me azoró este sueño. Y he aquí cómo he razonado: No me vaya a causar ruina Nezahualcóyotl; no vaya a tomar venganza en mí por la muerte de su padre Ixtlilxóchitl, por la muerte de su tío. No vaya a hacer caer sobre mis hijos, sobre mis príncipes y reyes el agua del sacrificio, la sangre de la ardiente venganza... Por tanto, óyeme, Coyohua: esta palabra te digo: Que todos te vean un día con la amistad de mis hijos y descendientes... Y además, aun le quedan tierras, aun es dueño de heredades el príncipe... Las tierras serán tuyas... las sembrarás tú mismo... tendrás uno o dos mayordomos. He aquí la flecha... métesela en el cuello... O si no, tritúrale los testículos... Cuando amanezca, di: "Desgraciadamente, mientras él dormía, se le atravesó en el gañote el bocado... ¿Eh? Y más aún... Solamente tú me lo has de dar a saber..."

El fragmento nos da la sensación de una página de autor renacentista, cuando los crímenes y las mañas eran el mejor camino para hacer brillar el humano ingenio. Y nos hacen ver que no hay cuerda humana que no se haya tocado en la cultura antigua. La producción literaria, índice de cultura en todo tiempo, nos hace ver la compleja tempestad de sentimientos que en esos pueblos iban hallando su desahogo en el relato, lo mismo que en el poema.

La narración se corta de improviso. Es acaso por defecto del Ms. o, lo que creo más bien probable, por haber sido recogida la relación solamente en fragmentos.

De menores dimensiones, pero en la misma forma y con igual calidad hallamos en el Ms. de Cuauhtitlán relatos semejantes. Pueden ser ejemplos de la manera de elaborar y transmitir los hechos históricos, no sin adornos de la fantasía, que usó la antigua cultura nahua. Señalaré solamente temas y lugares del documento en que pueden hallarse. En la misma página 41 hallamos la narración de la suerte de Tezozómoc el joven, rey de Cuauhtitlán, que al saber el desastre de su nación se da él mismo la muerte. No falta dramatismo en el relato y tiene rasgos muy dignos de estudio. La narración de la guerra sostenida y llevada a victoria contra el tirano de Azcapotzalco, en las páginas 42 a 47 es un amplio y excelente campo para que el estudioso examine la forma en que se recogen, proponen y conservan para la posteridad los hechos del pasado.

Como dato digno de tenerse en cuenta, indico lo que leemos en el final de toda esta relación: "Esta es la relación de cantos de cómo acabaron los tepanecas." *Icacocacuicatl*: "Canto histó-

rico" puede ser el nombre que mejor conviene a textos como el que indicamos. El redactor toma los cantos, los viste de ropaje más sencillo y los ajusta a la manera que va descubriendo en la cultura de los recién venidos. Si hay influjo hispánico acaso en la disposición externa, el espíritu y la técnica del pasado permanecen incólumes.

Fuera de estos textos podemos señalar en los demás documentos, como la *Crónica Mexicáyotl*, los *Anales de Tlatelolco*, etc., suficientes relatos netamente precortesianos, que dan la pauta de la historia antigua en su etapa de existencia, más o menos tranquila, de los pueblos antiguos.

Ciclo de la Conquista

Con todo derecho incorporo a la producción literaria de los mexicanos antiguos esta sección de documentos que se refieren a la etapa de la Conquista española. Si la medida del tiempo pidiera darlos a una etapa que no nos corresponde aquí, la materia, los autores y la índole de estos escritos los coloca en el campo de la literatura náhuatl.

La materia es la visión de los nativos ante la destrucción de su nación y la ruina de su propia cultura. Tenemos testigos de la emoción de un pueblo que iba corriendo como un río en su propio cauce, y es de improviso interrumpido por un dique brutal que tuerce su destino. Hay en la narración de los hechos todo el horror y toda la amargura de un pueblo vencido, que no puede refrenar su rabia. Y, como todos los vencidos, expresa por la producción literaria lo que siente ante la ruina final de los valores que fueron suyos, que amó y que vio perecer.

Los autores son indios. Más o menos ilustrados con las doctrinas y formas de Occidente, como acontece con los estudiantes de Sta. Cruz de Tlatelolco, no dejan de ser mexicanos. Tienen la misma emoción, la misma forma de ver y de expresar que sus ancestros. Si al cabo de tantas generaciones no acaba el mexicano de dejar los vestigios de la manera espiritual prehispánica, ¿qué debe pensarse de quienes en la primera etapa, en los días en que humean las ruinas de templos y palacios, se ponen a decir lo que en su patria aconteció? Es el caso del Ms. de Tlatelolco, que conocemos con dos nombres: el de Ms. 22, por ser tal la sigla con que se identifica en la Biblioteca de París, que lo guarda en dos copias distantes en el tiempo y concordés en el contenido, y con el de *Unos Anales de la*

Nación Mexicana, con que lo bautizó su descubridor y poseedor antiguo, Boturini. Este escrito en su parte más valiosa es de 1528, cuando las pavesas del incendio no se habían extinguido. Habla en él un mexicano antiguo, no un mexicano hispanizado. Si la Historia de la Conquista que Sahagún incorpora a su magna enciclopedia, dando en ella el Libro XII, puede tener quizá influjos hispánicos —hecho discutible, por otra parte— no debe olvidarse que está fundada en textos recogidos en la etapa inmediata a la conquista. Se elabora entre 1560-1570, pero sus textos son, al menos, de 1530.

En estos dos documentos, fuera de otros de importancia menor, tenemos muestra de esta nueva manifestación de las letras nahuas.

La índole y carácter de estos textos los coloca también en el marco de la literatura mexicana antigua. Por de contado que van en su lengua nativa. Pero esto es lo menos: el mismo modo de ver las cosas, la misma tendencia a la exposición de los hechos bajo una luz mexicana, la misma objetividad que hemos señalado en otros campos de esta producción hallamos aquí. Y el lenguaje, tan maleable a todos los asuntos, adquiere dignidad y soltura al mismo tiempo. Léase, por ejemplo, la relación de la caída final, tanto en el documento de 1528, como en la Conquista que dispuso Sahagún con sus discípulos, y se hallará la comprobación de lo que se ha dicho. Como no puedo cargar de textos esta exposición, me limitaré a dar la siguiente muestra por partida doble, en que se refiere en uno y otro documento la forma en que se hizo la huida general tras la caída de Tenochtitlan:

“Y cuando (Cuauhtémoc y sus capitanes) quedaron prisioneros, comenzó a salir la gente del pueblo a ver dónde iba a establecerse. Y al salir, iban con andrajos y las mujercitas llevaban las carnes de la cadera casi desnudas. Por todos lados hacen rebusca los cristianos: les abren las faldas, por todos lados les pasan la mano, por las orejas, por los senos, por los cabellos.”

He aquí ahora la forma en que la Historia de la Conquista narra los mismos hechos:

“Luego otra vez matan gente (los españoles): muchos mexicanos en esta ocasión murieron. Pero se empieza la huida, con esto va a acabar la guerra. Entonces gritaban y decían: —¡Es bastante... Salgamos... vamos a comer hierbas...! Y cuando tal cosa oyeron, luego comenzó la huida general. Unos van por el agua, otros van por el camino grande.

Aun allí matan a algunos; están irritados los españoles porque aún llevan algunos su espada y su escudo . . .”

Breves ejemplos a la verdad, pero dan idea del aliento que hay en la narración de hechos de suyo patéticos para todos, pero para los mismos que escriben, decisivos en su vida.

Como estos fragmentos pudieran estudiarse paralelamente a otros, tanto de los dos documentos a que he hecho referencia, como de otros pertenecientes a la variada narración de los hechos de la conquista. No cabe en el límite de este libro hacer acopio mayor de textos. Léase en comparación el relato tanto de los informantes de Sahagún, como del anónimo de Tlatelolco que di en mi edición de Sahagún de 1956, y se podrá formar una idea precisa de la contextura histórica de los escritos en la etapa de tránsito entre la caída y el restablecimiento. Caída de la vieja cultura, restablecimiento de una nueva, que conservando la antigua tendencia, se iba contaminando de nuevos influjos.

Resumen de caracteres

En la producción histórica de cualquier pueblo hay que distinguir dos modalidades. Una que es la exacta consignación de los hechos, como testimonio que se trasmite al porvenir, para conservar la memoria, y la otra es el adorno literario que reviste la expresión de los hechos. Si en el primer aspecto la historia es una ciencia, que deberá regularse con los cánones de la fidelidad, de la exactitud, de la serena y neutral fijación de hecho, si esta es posible, en el segundo aspecto pertenece a la literatura en su plenitud. Esta segunda mira nos hace estimar la belleza de los escritos históricos de Grecia, de Roma, o en alejadas zonas, de Israel o de China.

En ambos aspectos la historia en lengua náhuatl ha admirado a los estudiosos. Un rigor que la investigación arqueológica ha comprobado palmo a palmo fluye de los viejos documentos en su carácter de testimonio. Es tan fija y severa como las inscripciones de la historia asiria o babilónica. Podemos estar seguros de nuestro conocimiento del pasado a través de estos documentos. Pero si atendemos a la belleza humana de la expresión y a los atavíos que la imaginación pone al dato descarnado, hemos de sentir un gozo artístico que nos pide ahondar en el estudio directamente literario de estos documentos. Es lo que he tratado de insinuar en este capítulo.